

Por la organización

No pretendo constituirme en abogado de las anomalías que caracterizan a la generalidad de nuestros compañeros proletarios—inclusive el suscrito—y por ende a las organizaciones obreras que se inician en el país. Sólo me propongo con estos renglones, una tentativa de consciente reflexión circunscrita por la justicia, y en pro de las futuras campañas propagandistas y de las organizaciones proletarias.

La causa primordial de nuestras deficiencias actuales: incompreensión, obsesión, poquedad, presunción, inconstancia, etc. etc., radica en gran parte, por ley de herencia y el medio ambiente, en las células de nuestra estructura fisiológica, y en los átomos que integran nuestra personalidad psíquica. Y éstos, considerados desde el punto de vista científico, se encuentran bajo el dominio de la ley evolutiva, la cual labora al través del tiempo y del espacio.

Dentro de estas consideraciones, y para el caso de la misma revolución social, será siempre una táctica impolítica y de verdadera injusticia de quienes por un concepto exagerado de la noble causa reivindicadora, fustiguen con demasiada dureza y necedad, las taras y deficiencias de las organizaciones proletarias existentes, y los errores de nuestros inútiles compañeros de hoy.

Francamente que fastidia al criterio del buen observador y desalienta al novicio que sinceramente se allega al alero reivindicador, leer el periódico o el artículo de quienes un momento antes compartían alegremente con su compañero en el refectorio de la fraternidad, y que un segundo después, por la omisión de un saludo, un voto o tal o cual proposición, o por un error o falta cualquiera, arremete sus baterías contra él, con mala lógica o sin misericordia.

La táctica intransigente; el vicio de repeler; la voz imperativa y el resabio del látigo, son el código de los viejos sistemas, roídos ayer y ya deshechos hoy por la acción poderosa de la evolución universal.

Nada en el mundo se pierde: el que no sirve para vencer, sirve para ser vencido, y, sobre todo, si la unión hace la fuerza, la razonada tolerancia hace la unión!

JULIO CESAR AGREDO.

Palmira, julio de 1925.

Don Raimundo Arce

Ha muerto en Palmira este titán del trabajo! Su vida toda fue un constante batallar.

En asidua lucha por este celoso sendero, logró abrir las puertas de la fortuna y consiguió acumular un respetable capital que colocó a su familia en un plano mayor.

Las vicisitudes que a diario se presentan en el constante movimiento de las transacciones comerciales, y la chispa de una natural inteligencia, bien pronto le hicieron comprender que al hombre le hace mucha falta la instrucción, y se apresuró a dotar de este bien inestimable a sus dos hijos Neftalí y Julio César, únicos vástagos de su matrimonio.

Los envió a Bogotá a recibir la educación secundaria.

Julio César, después de culminar como poeta de «arpa ruidosa», los latidos de su corazón le hicieron volver a la tierra, y rindió su lira a los encantos del amor, formando un hogar tranquilo.

Neftalí, ávido de conocer de cerca la ciudad luz y bañarse en sus linfas renovadoras, marchóse a París. La guerra mundial le cogió allí nutriendo su cerebro con las sabidurías de Hipócrates. Este propicio campo le proporcionó la ocasión de experimentarse y profundizar los conocimientos del cuerpo humano en los hospitales de sangre. Pero esto sólo no era lo que le ceducía: algo todavía más noble, más elevado, más sublime lo obsesionaba: su misma profesión le había permitido conocer de cerca las miserias humanas: había tenido la ocasión de palpar las necesidades del pueblo en la lujosa urbe, en donde a la vez que resplandece la opulencia, grita la angustia del necesitado; y en donde por cada mansión espléndida del magnate, se esconden mil buhardillas del desarrapado. Entonces sintió dolor en su alma y constató que a la humanidad desvalida hay que redimirlo, hay que sacarla del fango de sus miserias.

Volvió a sus patrios lares a abrazar a sus mayores, y a predicar las ideas renovadoras del proletariado, incomprendidas por éste y anatematizadas por los dueños del «Becerro rubio».

El dilecto camarada ha tenido hoy la pena de ver hundirse en la tiniebla insondable a su querido padre; el sentir es natural y bien compenetrados su agudo dolor; empero al mismo tiempo debe sentirse consolado con la satisfacción de haber estado al lado de los últimos días de su progenitor, menos amargo quizá que el punzante dardo de la noticia a través de la insalvable distancia, sin poder regar de flores y de lágrimas la tumba del querido ser. Cosa igual nos aconteció a nosotros hace tres años cuando después de una larga ausencia por este Valle de las palmeras, volvimos a nuestros lares de Pubenza, y estuvimos dos años al lado del ser paternal que nos condujo a este mundo, hasta que se apagaron los días de su existencia.

Don Raimundo baja a la tumba con la conciencia tranquila de haber pasado por el mundo desempeñando con coraje la condena del hombre: Trabajar!

Reciban los dos amigos, Neftalí y Julio César, esta pobre pero sincera expresión de pesar.

FELIX LOPEZ P.

EL ORO

Ídolo terrible, es ídolo hecho con rayos de sol mineralizados, ese oro ante quien las conciencias zozobran y las volutades ceden y los sentimientos se pervierten; ese oro por cuya conquista lucha y pelea el hombre moderno, con igual fiereza e impiedad con que peleaban los hombres antiguos por el triunfo sangriento de su fe, por la gloria estúpida de su bandera, o por la satisfacción brutal de su carne!

Todo se sacrifica por lograrlo, porque el oro reúne en el mundo moderno todos los placeres gozados, todas las felicidades satisfechas. Sin él, ni amor, ni pan, ni besos para la boca, ni comida para el estómago.

Todos los sentimientos más o menos.

Cuando esa fiebre, cuando esa codicia se apodera de los cerebros enfermos, de conciencias tenebrosas, de espíritus pervertidos y bestializados, el crimen, la acometida sangrienta del hombre contra el hombre, se realiza con la misma bárbara sencillez con que se realiza a los espolazos del hambre o del celo la acometida del bruto contra el bruto.

JOAQUIN DICENTA.

Velas «La Campana»

Los mejores

El Comunismo EN CALI

Pedro Pablo Idrobo, situado en el local número 19 entre calles 6 y 7, carrera 13, vende constantemente atáúdes.

EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

En Sociedad 23



TOME SIEMPRE POPULAR LA BEBIDA SIN IGUAL